

Un viaje al universo literario de Mutis

Maqroll y compañía

MARIO BARRERO FAJARDO

Universidad de los Andes, Facultad de Artes y Humanidades, Departamento de Humanidades y Literatura, Bogotá, 2012, 257 págs.

EN DOS jornadas, como las califica, este libro hace un agudo y minucioso análisis de la obra de Álvaro Mutis. Comienza por revisar algunos de los hitos críticos que se le han dedicado, como serían los ensayos y notas de Octavio Paz, Hernando Valencia Goelkel y Guillermo Sucre y luego se detiene en los cuarenta años que le llevó conformar su “voz-personaje”. Para ello utiliza elementos como los heterónimos, en una secuencia que abarca a Antonio Machado (un poeta de quien era muy devoto Mutis), Fernando Pessoa, y Eugenio Montejo, aun cuando en realidad la figura y obra de Valery Larbaud sería la referencia clave.

Una voz introductora, que presenta los textos, un juego entre Maqroll y el propio Mutis, se despliega con atinado conocimiento de lo que Mutis piensa sobre su obra, en poemas y entrevistas. En una de estas últimas dirá: “Los elementos básicos de mi vida, los pasajes de la tierra caliente, los viajes, la destrucción, el trópico, el erotismo y la muerte, mezclados con la enfermedad” [pág. 64].

En definitiva, la postergación de aquel sueño trunco, que un poema resume de modo certero: “A la vuelta de la esquina / te seguirá esperando vanamente / ése que no fuiste, ése que murió / de tanto ser tú mismo lo que eres”.

Las empresas irrisorias de su personaje (conductor de tren, cuidador de puertos) se cruzan con las lecturas, de índole histórica o religiosa (César Borgia) y las perceptibles influencias literarias (y marineras) que traen los nombres de Melville, Conrad y el Pablo Neruda de los jadeantes y fantasmales buques de carga.

Todo ello, a partir de un texto que Barrero considera decisivo: “El cañón de Aracuriare”, que daría paso a las novelas, ciclo iniciado con *La nieve del almirante* (1986) y en la cual tantos papeles dispersos o fragmentarios, obra

del propio Maqroll o en torno suyo, adquieren cabal sentido.

Así sucederá también en *Ilona llega con la lluvia* (1987) en la que el interés del narrador, por ejemplo sobre la gran epopeya napoleónica, convive con entrañables historias, indudablemente bogotanas, como la del contador Peñalosa, hecha de “ternura, tristeza y necedad” [pág. 98] que muestra como el orbe a veces erudito del mundo de Mutis, el príncipe de Ligne o san Francisco de Asís, vuelve a sus orígenes bogotanos o a las carreteras y caminos veredales del Tolima, asomados al abismo.

La lectura que hace Barrero es muy atinada, siguiéndole la pista a Maqroll en todas sus metamorfosis, en la diversa catadura de sus amigos, en los puertos y hoteluchos en que termina por recalar, y en la persistencia obsesiva con que el narrador-testigo sigue sus pasos, recopila sus papeles y ve, al final, cómo éste se le escapa y crece autónomo delante de sus ojos. Así, por ejemplo, en *La última escala del Tramp Steamer* (1989), Maqroll parece ausente, aunque luego comprendemos que en realidad fue él, junto con Abdul Bashur, quienes le presentarían a la hermana menor de éste último, Warda Bashur, al futuro capitán de su barco y amante suyo en los más diversos puertos del mundo, el vasco Jon Iturri.

Variaciones recurrentes en torno a los mismos temas y figuras, retorno cíclico a quien se niega a morir, por más que se hayan ofrecido tres versiones distintas de su posible fallecimiento en los esteros, tal un poco el sino de Álvaro Mutis ligado a Maqroll el Gaviero, que proseguirá en *Amirbar* (1990), *Abdul Bashur soñador de navíos* (1991) y *Tríptico de mar y tierra* (1993), fin del ciclo narrativo.

Aquí volverán a entretenerse autor, narrador y personaje, al develar aspectos hasta entonces soslayados del personaje o autobiográficamente contándonos Mutis sus trabajos con la Esso, su gusto por la música de Sibelius o su admiración, releída, por obras de Chateaubriand, Céline o Simenon, que no dejará de poner también en la lista de admiraciones de Maqroll, en el apéndice que cierra *Amirbar* [pág. 116].

Gaviero que cuenta episodios, narrador que los escucha y luego los

transcribe y recrea, libros que serán luego leídos, en muchos idiomas y con varios premios a la espalda, aunque llevarán consigo la advertencia de que no eran para todos, en un mundo que Mutis considera “infecto, invivible y siniestro”, como no deja de señalarlo con toda la ira. Sin embargo, Maqroll continúa su itinerario al ser a la vez ficción y realidad, sueño y aventura, oralidad y escritura. Llegará a increpar a Mutis transcriptor aclarándole que lo pone a hablar con voz que no es suya sino la del propio Mutis. Así terminará Maqroll por devorar al propio Mutis quien al morir en la Ciudad de México el 22 de septiembre del 2013, nos deja a Maqroll el Gaviero para que sigamos viviendo con él, en la errancia que no tiene término y que en la desesperanza en que Barrero Fajardo sitúa el corazón de su andariego periplo hace tan válido este libro.

Juan Gustavo Cobo Borda